

La arquitectura en el detalle

TÓPICOS

JOAQUÍN ARNAU AMO

Hay dos clases de arquitecturas: tópicas y utópicas. Las primeras son reales. Las segundas ideales y (con el permiso de Hegel, que confunde lo uno y lo otro) irreales. Aquéllas se construyen y, de uno u otro modo, son habitadas. Estas, en cambio, se quedan en los papeles: son arquitecturas dibujadas.

Que la arquitectura sea tópica, como el refranero, es de sentido común. Tópico es, al fin y al cabo, un lugar común. Y la arquitectura es lugar y es común. ¿Cómo no va a ser, pues, un tópico, o un enjambre de ellos? Verde y con rabo, ajo.

Recuerdo que un compañero, cátedro de estética como yo y arquitecto, escribió hace años un libro que titulaba *El arte y sus tópicos*. Hablaba de arte, claro está, desde la óptica del arquitecto. Y es que los arquitectos acaparamos los tópicos del arte: sus lugares comunes. Es lo nuestro.

Donde una puerta se cierra, dice un refrán, es decir, un tópico, otra se abre. Y así es. Salvo aquéllas que están para que uno, y solo uno, las abra y sin embargo jamás se abrirán: éste es el argumento de una parábola de Kafka, literalmente kaskiana por consiguiente, que Orson Welles pone al principio de su espeluznante película *El proceso*. Pero ésa no es una situación normal. Aunque me temo que, en los tiempos que corren, una novela de Kafka y un inocuo telediarario desarrollan argumentos que uno puede confundir e intercambiar sin que se note.

El sistema se lo engulle todo. Con lo cual la anomalía invade el territorio del tópico. La alucinación (alucinante es el que sustituye a los adjetivos magnífico, soberbio, fantástico, formidable y otros, todos ellos pasados de moda) es un lugar común: un tópico. Y del mismo modo y por las mismas, lo son los encuentros en la tercera fase, o virtuales, que tanto da. El lugar está en todas partes: en todo lugar. Es decir: en ninguna. El lugar deja de ser lugar. El tópico revierte a la utopía. ¿Y los arquitectos? ¿Habremos de cruzarnos de brazos?

Ha lugar: decían los antiguos tribunales de oposiciones cuando otorgaban la posesión de una plaza a un opositor. Pero ello pasó a la historia. Pasó: pero no del todo. Nada pasa del todo. Todo pasa y todo queda, dice el poeta. Y añade: pero lo nuestro es pasar. Pasa lo

nuestro. Pasa el posesivo. Pero no lo poseído. ¿Se da cuenta? Lo poseído queda.

Quedan, por ejemplo, las puertas. Hablábamos la semana pasada (ésa sí, pasada: porque pertenece al tiempo y es lo nuestro, que pasa) de puertas. Que son tópicos o lugares comunes. Por las que pasamos, como por el tiempo. Y ellas se abren o se cierran: pero se quedan. Algunas decrépitas. Otras repulidas. Unas humildes. Otras arrogantes.

Vean ésta que estubo ¿está? en el número 16 de la Calle del Cid. El hueco es rechoncho, en prueba de humildad: nos hace agachar la cabeza, si no física, psicológicamente. Y casi nos amenaza: pues el dintel ha cedido y abierto una grieta. Y a pesar de todo, el enmarcado de las hojas observa las reglas de la composición clásica: un antepecho, un frente y un montante.

Las mismas que nos encontramos ¿o nos encontrábamos? en el número 9 (luego 13) de la Calle de Salamanca. Pero ahora decoradas y con la aldaba puesta en su sitio. Tan en su sitio está, que toda la decoración, un óvalo, otro óvalo, lazos, conchas y zarcillos, la hace juego. La mano que llama a la puerta es el sol del sistema. Lo demás es secundario: arriba unas carátulas y abajo unos rosetones. El agarrador asimétrico, pues se supone que de las dos sólo una hoja se abre y cierra (la otra está quieta: salvo ocasión solemne), se somete a la partición y queda así demasiado bajo. Y la rendija del buzón parece intrusa...

En el número 56 de Marqués de Villores, el diseño es semejante: las aldabas simétricas protagonizan la decoración. Pero los agarradores recuperan la altura conveniente, funcional, irrumpiendo sin escrúpulo en el juego decorativo. Figurativamente están fuera de lugar. Cómodamente están en su lugar. Un dilema frecuente. No encajan mal, de todos modos. Y hasta se amoldan, el derecho al menos, para que la mano no sufra el frío metal. Al revés que en la política, en las puertas, la derecha es la que se mueve: la izquierda está quieta. Claro que todo depende de que se entre o se salga. Por mucho que la política sea ambigua, la realidad lo es más.

Pero el rito se perpetúa en estas puertas, todas ellas, modestas o de empaque, de doble hoja. Para entrar y salir y en estricta función una basta. Solo el fasto o la ceremonia piden que se abran de par en par. El rito hace del lugar común lugar propio.